

ALGUNAS REPERCUSIONES PSICOSOCIALES DE LA DENSIDAD DEMOGRAFICA EN EL SALVADOR

INTRODUCCION

Hablar sobre las repercusiones problemáticas que, desde el punto de vista psicosocial, acarrea la densidad demográfica de un determinado pueblo, en nuestro caso El Salvador, es un tema extremadamente amplio y que permite una multiplicidad de enfoques. Por ello, y para evitar malentendidos, es necesario aclarar que aquí sólo pretendo enfocar algunos aspectos de este problema, aspectos necesariamente parciales y quizá ni siquiera los más importantes. Sin embargo, hacer un poco de claridad sobre aspectos significativos o sintomáticos de un todo puede resultar muy iluminador a la hora de dar una visión sintética de ese todo. Es cierto que la parte no adquiere su significado pleno sino vista en su contexto (principio básico de la "Gestalt"), pero también es cierto que la comprensión de ese todo exige un análisis lo más depurado y objetivo posible de sus elementos y estructuras.

El camino que voy a intentar seguir en estas páginas será muy sencillo. Partiré de un principio básico, como transfondo estructural de toda mi exposición. Recogeré luego una serie de datos de la psicología científica, para ver si nos iluminan con respecto a dos temas claves en el problema demográfico: uno, la densidad de una población, es decir, la relación entre el número de habitantes y el espacio vital en el que se mueven, y otro, el ritmo de crecimiento de los diversos grupos sociales con respecto a los intereses de la sociedad. Esbozados así los problemas, trataré de concluir apuntando un posible camino para su enfrentamiento, al menos en el aporte que la psicología como ciencia y el psicólogo como profesional pueden prestar.

1. PRINCIPIO BASICO: HOMBRE Y REALIDAD

El principio básico del que quiero partir, y que considero esencial en una correcta concepción psicológica, es el de que el hombre es lo que es en relación con la realidad, no sólo desde el punto de vista evolutivo, sino incluso constitutivamente. En otras palabras, el hombre no sólo se hace históricamente, sino que él mismo, su naturaleza, es ser historia. Esto quiere decir que lo que constituye como tal a un individuo humano son sus relaciones, aquellos lazos que le ligan espacial y temporalmente a las personas y a las cosas, creando así un mundo de intercambios, de valoraciones y significaciones, es decir, dando lugar a una situación y a una historia. Según este principio, las interrelaciones no sólo no son acciden-

Charla tenida el 15 de Febrero pasado en la Procuraduría General de Pobres en San Salvador, con motivo de un Seminario sobre "Problemas de Población en El Salvador", organizado por la Asamblea Mundial de la Juventud.

tales —según la terminología escolástica— sino que son la misma esencia del ser humano. El hombre se hace hombre en dialéctica con su realidad. Dialéctica es diálogo, y el hombre dialoga desde que es engendrado en el seno materno hasta que se desintegra en el seno de la tierra.¹

En la medida en que las relaciones del hombre son relaciones con otros hombres, la realidad humana es una realidad social, es decir, necesariamente compartida; pero en la medida en que estas relaciones están ubicadas en un contexto material y los objetos condicionan las relaciones entre los hombres, la realidad humana es una realidad de grupos contrapuestos es decir, una realidad clasista, partida. Todo hombre no sólo es un ser social, sino que es un ser clasado. En nuestra sociedad, compartir con alguien es ya partirse de alguien, y esta estructura situacional de grupo y clase penetra en el psiquismo de las personas mucho más a fondo de lo que las psicologías individualistas al uso suelen juzgar.

Así se entiende que las consideraciones que voy a hacer sobre los problemas demográficos no se aplican indistintamente a todos los individuos, ni siquiera a todos los grupos, sino que adquieren una significación muy distinta aplicadas a un miembro de una clase social o de otra. La reflexión de estas páginas se aplica principalmente al grueso de las clases desposeídas de nuestro pueblo, tomada esta población sin demasiadas precisiones técnicas en cuanto a su delimitación económica o cultural, étnica o geográfica (aun cuando bien pudieran establecerse estas fronteras). Esta precisión es importante, ya que si —como hemos dicho— cada individuo es lo que es en diálogo con su realidad, la enunciación de cualquier hecho psíquico tiene que tomar muy en cuenta cuál es el contexto histórico de cada individuo, y cuál la estructura total de significaciones que configuran su situación concreta. Es evidente, por ejemplo, que no significa (no es) lo mismo engendrar cinco hijos en la colonia Escalón que engendrarlos en "La Fuerza",² como no significa (no es) lo mismo la desnutrición o cualquier otra "enfermedad" en uno u otro contexto, ni la misma va a ser la consiguiente vivencia psicológica. Dicho esto, pasemos ya al examen psicológico del problema demográfico.

2. DENSIDAD DEMOGRAFICA Y AGRESIVIDAD

Ya es tradicional la importancia concedida al "espacio vital". (*Lebensraum*). Incluso no sería difícil mostrar cómo la historia de los pueblos en gran parte ha ido siendo determinada por la necesidad de este espacio, cuyo umbral cuantitativo mínimo variaba de acuerdo con el tipo de cultura. Modernamente, Alemania y Japón parecen haber encarnado históricamente este problema, con su inquietud por la expansión territorial. En cierto sentido, la ecología no hace sino subrayar estructuralmente la penitosa necesidad de este espacio y sus condiciones esenciales.

En *etología*, que es la ciencia del comportamiento animal, tiene una gran importancia la consideración del espacio territorial en cada especie, hasta el punto de que algunos investigadores consideran al territorio como

1. Este principio apunta a un tipo de psicología e incluso de antropología dialéctica, tal como el esbozado por ejemplo por Castilla del Pino, Carlos: *Un estudio sobre la depresión. Fundamentos de antropología dialéctica*, Ed. Península, Barcelona, 1972. Del mismo autor: *Dialéctica de la persona, dialéctica de la situación*. Ed. Península, Barcelona, 1970.
2. Colonia Escalón: barrio residencial de lujo de San Salvador. "La Fuerza": colonia marginada, de champas miserables, extendida a lo largo de una barranca, en San Salvador. Su nombre se suele emplear como prototipo de este tipo de barriadas, surgidas por lo general "de la noche a la mañana".

el factor fundamental en la regulación de las sociedades animales. Cada especie o cada colonia de animales establece sus "dominios" en un espacio territorial, espacio que debe ser respetado por otras especies o, al menos, por otras colonias de la misma especie. Si un animal de la misma especie penetra en un territorio ya ocupado, el "propietario" considera esa penetración como invasión, es decir, como un acto agresivo y, por tanto, sale en defensa de sus intereses. Es curioso observar que, por lo general, es el ocupante primero del territorio quien suele salir vencedor en estas contiendas, como si el hecho de pelear en terreno conocido le otorgara una superioridad física sobre el contrario.

Lorentz ha subrayado en una obra ya clásica la agresividad de una colonia de ratas cuando otra colonia penetra, por la causa que sea, en su territorio.³ Esto no tiene de por sí una aplicación directa al problema que aquí nos interesa, que es el de la densidad demográfica, sino todo lo más a las relaciones entre poblaciones demográficas, sino todo lo más a las relaciones entre poblaciones distintas con respecto a un mismo territorio, lo que equivaldría a hablar de las relaciones internacionales. Más directamente nos interesa saber cuáles son los efectos comportamentales cuando se da un crecimiento en una población, sin que le sea posible aumentar el terreno de su espacio vital. En las observaciones que, sobre este punto, llevó a cabo Paul Errington con ratas almizcleras, se puso de manifiesto que, tan pronto como la población alcanzaba un cierto grado de densidad, se iniciaba lo que se podría llamar un período de nerviosismo y de comportamiento agresivo.⁴

Más concluyentes son todavía los estudios de John B. Calhoun. Calhoun dejó que aumentara el número de pobladores de una colonia de ratas por encima del espacio disponible. La consecuencia fue una progresiva alteración en el comportamiento de los animales, no sólo en aspectos tan básicos como la alimentación, sino incluso en algunos tan importantes para la conservación de la especie como el así llamado "instinto maternal". "Calhoun demostró que estas ratas hacinadas mostraban tal falta de solitud maternal que la gran mayoría de las pequeñas ratas nacidas en esta colonia superpoblada morían antes de alcanzar la madurez. En uno de los experimentos, el número de muertes prematuras fue del 96%; en otro, la mortalidad fue del 82%. Estas cifras eran muy superiores a las de mortalidad normal, cuando las ratas se desarrollaban en un ambiente más espacioso".⁵ En esos mismos experimentos, Calhoun demostró la aparición de rasgos muy interesantes en la organización social de las colonias de ratas superpobladas, como el surgimiento del fenómeno caudillista y hasta de tiranía, así como de conductas de tipo asocial, sobre todo en el ámbito de la sexualidad e incluso de la agresividad mutua gratuita. Estos mismos experimentos han sido repetidos en otras especies, con resultados similares.

De aquí no podemos concluir automáticamente que en el hombre haya de suceder algo idéntico. En los grupos humanos existen una serie de variables muy importantes que lo diferencian de otras especies animales. Sin embargo, estos análisis de la etología nos dan una pista de orientación sobre factores que pueden ser de importancia en la vida de los seres vivientes, incluido el hombre. En nuestro caso, el factor del espacio vital.

3. Lorentz, Konrad: Sobre la agresión: el pretendido mal, Siglo XXI, México, 1971, pgs. 177-186.

4. Citado en ¿Por qué el hombre es agresivo? Una mesa redonda "sintética". "Impacto" —Ciencia y Sociedad, vol. XVIII (1968), 2, pg. 89.

5. Ibid.

Cuando hablamos de espacio vital humano no nos referimos simplemente a un pedazo de tierra y un volumen de aire, aunque ellos constituyan por así decirlo la infraestructura del espacio vital; nos referimos también a aquellos elementos que integran un entorno y que permiten al ser humano, no sólo conservar su existencia, sino también desarrollarla. En otras palabras, espacio vital es el conjunto de condiciones materiales que permiten al hombre realizarse como tal. En la medida en que no existan esas condiciones, no existe un espacio vital adecuado, en cuyo caso la etología nos pone en la pista de correlacionar esta ausencia de espacio vital con el incremento de las conductas agresivas y asociales. El espacio vital, por tanto, es en ese sentido una prolongación del seno materno y, como él, más que su tamaño importa su capacidad de procurar satisfacción. Lo cual no quita para que también el tamaño tenga importancia.

En numerosas investigaciones, ya no con animales sino sobre grupos humanos, se ha podido demostrar que existe una fuerte correlación positiva entre el tamaño de la vivienda, el número de habitantes y el grado de conflictividad e irritabilidad mutua. En el área de París, se pudo determinar que "cuando una familia posee menos de ocho a diez metros cuadrados de superficie por persona, aparecen perturbaciones en las relaciones padres-hijos" y, en general, se encuentra un alto grado de incidencia neurótica en individuos que habitan en viviendas en un porcentaje superior al 2.5 por habitación.⁶ Menciono el lugar de la investigación citada (París), pues considero que nuestro clima tropical alivia un tanto esta situación, ya que las personas no se ven forzadas por las inclemencias del tiempo a encerrarse en una habitación. Sin embargo, la situación no es tan distinta, y el índice de ocupantes por habitación es tan superior entre nosotros, que se puede pensar, al menos como hipótesis de trabajo, en la equiparabilidad de ambos casos. De cualquier modo, existe una posible relación entre densidad de población e irritabilidad nerviosa en el comportamiento de los individuos. Estos datos refuerzan aquellos venidos de la etiología sobre la relación entre densidad demográfica y agresividad, todo lo cual nos lleva a preguntarse sobre nuestra propia situación.

No voy aquí a aportar muchos datos, más o menos de todos conocidos. Permítaseme recordar simplemente aquellos que me parecen más esenciales.⁷ En 1950 la población total de El Salvador era de 1.857.100 habitantes, lo que daba una densidad de 93 habitantes por kilómetro cuadrado; en 1960, había ya 2.453.6000 habitantes, con una densidad de 123 habitantes por kilómetro cuadrado, habiendo alcanzado la población en 1970 la cifra de 3.441.000 habitantes, con una densidad de 170 habitantes por kilómetro cuadrado; y se estima que para 1980 la población será aproximadamente 4.900.000 habitantes, lo que dará una densidad de 234 habitantes por kilómetro cuadrado. Hay que añadir que para esa fecha se estima que el 46% aproximadamente de la población vivirá en zonas urbanas, sobre todo concentrada en el área de San Salvador, lo que no hará sino agudizar en esos centros el problema del espacio vital para ese sector mayoritario de la población.

¿Qué pueden significar estos datos estadísticos? Obviamente, que el espacio vital constituye un problema muy grave en El Salvador. Cierto,

6. Groupe Lyonnais: *El hombre y los grupos sociales*, Ed. Razón y Fe, Madrid, 1954, pgs. 73-94. La investigación a que se hace referencia fue realizada por Paul-Henri Chombart de Lauwe, autor del capítulo citado.

7. Todos los datos demográficos aquí citados están sacados de la obra de Carlos A. Rodríguez y Ricardo Castañeda Rugamas, *El Salvador, perfil demográfico*, Asociación Demográfica Salvadoreña, 1971.

la relación de los salvadoreños con ese espacio es muy distinta en el campo que en la ciudad. No podemos olvidar, por ejemplo, la ingente masa de campesinos que anualmente se moviliza en nuestro país a la búsqueda de un espacio vital allá donde se dan las cosechas agrarias. Pero tampoco podemos olvidar que un porcentaje muy elevado en nuestras ciudades habita en mesones, donde la relación de moradores por habitación es muy superior a la crítica de 2.5 personas antes indicada, o en "champas" de lata y cartón, en las que las condiciones de espacio (cuantitativo y, sobre todo, cualitativo) son incluso peores. En estos como en otros casos, y salvados los matices situacionales concretos, cabe afirmar que el espacio vital es insuficiente para la mayoría de salvadoreños (mayoría que quizá habría que identificar con la población perteneciente a la clase social desposeída), que la significación percibida por el individuo frente a su realidad es de una realidad ya ocupada y, por tanto, un espacio asfixiante cuando no mortal.

Imaginémonos un bus urbano, en una hora de esas punta, por ejemplo, a la hora de entrada o salida al trabajo: un bus lleno de gente que, sin querer, se estorban, se estrujan, se patean y hasta se golpean. Cuando el bus va así de lleno, lo menos que se puede decir es que presenta un aspecto bien poco acogedor, y que nadie siente excesivos deseos de montarse a él, aunque en definitiva tenga que hacerlo si puede. Pues bien, en ese ambiente involuntariamente caldeado, cualquier maniobra desafortunada del chofer, cualquier traspies por parte de algún pasajero impaciente, o cualquier eventualidad de las muchas que pueden ocurrir en el tráfico urbano puede levantar inmediatas montañas de ira, de insultos y de agresividad por parte de la mayoría de los viajeros. Gente en otra situación pacífica, puede volverse en esos casos peores que perros rabiosos. Y es que su grado de irritabilidad se ha vuelto muy elevado, una irritabilidad fácilmente mudable en irritación y aun en positiva agresión, incluso física.

Algo así, salvadas todas las distancias, sucede en El Salvador. En nuestro país hay un hacinamiento humano, y lo menos que se puede decir es que el escaso espacio vital existente tiene que ser compartido por demasiadas personas, con la consiguiente disminución del umbral de satisfacción posible y la predisposición a una agresividad casi a flor de piel. Como quien va a subir al bus, el salvadoreño encuentra desde su nacimiento que su espacio vital ya está ocupado, cuando no acaparado.

No pretendo establecer conclusiones fáciles, sino sólo dejar planteado el interrogante: ¿no habrá una correlación entre la agresividad de nuestras gentes, su inclinación más o menos solapada a la violencia, la frecuencia de los estados de nerviosismo e irritabilidad, y la escasez del espacio vital? La alteración de las normas sociales, de las leyes más elementales de convivencia, ¿no dependerá, al menos en parte, de este espacio vital que le es negado a la gran mayoría de nuestras gentes?

En psicología sabemos que la agresividad puede ser incluso provechosa siempre que se encuentren cauces adecuados por los que pueda fluir (¿sublimación?). (Pero cuando la única respuesta posible a la agresividad de un grupo social es la represión por la fuerza, el problema se complica en lugar de resolverse, debido a la consiguiente neurotización de las personas afectadas. En El Salvador, la mayoría de la población se siente estrecha, como necesitada de aire, y esta situación pone a las personas en el camino de la conflictividad, de la agresividad antisocial y quizá de un progresivo deterioro en su salud mental.

3. TASA DE CRECIMIENTO E IMAGEN PROPIA.

La imagen que cada uno tenemos de nosotros mismos es deudora, básicamente, de la percepción que tenemos de cómo nos ven los demás. En otras palabras, nos vemos fundamentalmente como creemos que nos ven los demás. Lacan ha hablado atinadamente del "estadio del espejo", como etapa esencial en la estructuración de nuestro propio yo.⁸ Evolutiva y constitucionalmente, los otros de nuestro ambiente, sobre todo las figuras más significativas de él (como lo suelen ser las figuras paternas), son nuestro espejo, la fuente en la que vamos encontrando reflejada nuestra figura, nuestro ser hacia fuera, figura y ser que vamos a ir recogiendo y aceptando como referido a nuestra corporalidad sentida. El niño pequeño, antes de ser un "yo" es un "él", antes de ser primera persona, sujeto "viviente", es tercera persona, sujeto "vivido". En otras palabras, vamos siendo nosotros mismos a partir de los demás, nuestro "yo" surge de los otros, lo que no quiere decir que necesariamente la imagen de nosotros mismos se reduzca a aquello que nos atribuyen los demás.

Ahora bien, la imagen que las personas van adquiriendo unas de otras está condicionada muy esencialmente por los valores vigentes en la sociedad o grupo social en que se encuentran. El proceso de percibir no puede ser en modo alguno equiparado al proceso de filmación de una película, puesto que el proceso perceptivo selecciona, organiza e interpreta los datos de la realidad de acuerdo con las necesidades del organismo percipiente y de las eestructura ambiental que engendra a este organismo. Para el caso que nos ocupa, la percepción que en la sociedad tenemos unos de otros es un proceso altamente condicionado por las necesidades y valores de la sociedad o grupo social en que nos movemos.

Sería interesante recorrer la percepción que se ha tenido de los seres humanos a lo largo de la historia en las distintas sociedades, culturas, grupos y clases sociales. Es evidente que el ser humano no era considerado de la misma manera un grupo social nómada que en un grupo social establecido, en un grupo aristocrático que en un grupo de trabajadores campesinos, en una sociedad feudal que en una sociedad industrial. Por ejemplo, en un ambiente agrario preindustrial de Europa, los hijos podían ser percibidos fundamentalmente como una bendición del cielo, como dos brazos más enviados por Dios para ayudar a la familia en las tareas del campo y del hogar; en una sociedad urbana industrial los hijos son muy a menudo percibidos como el fruto de un descuido, como un estorbo que exige esfuerzos y atenciones, sin ofrecer prácticamente nada a cambio.

En nuestra sociedad occidental (y El Salvador forma parte de ella), el individuo es considerado en función de su posible valor productivo; en otras palabras, se le mide según un patrón de valoración mercantil. Incluso en un documento tan significativo como es el que expone los fundamentos doctrinales de la reciente Reforma Educativa, se habla de la población como de la "mejor fuente de riqueza" posible para el país,⁹ y a las personas se las encuadra bajo el calificativo, un tanto cosístico, de "recursos humanos".¹⁰ No son casuales estas expresiones, como no lo es ninguna formación lingüística, sino que son la plasmación verbal de nuestra valoración mercantil de las personas, a las que instrumentalizamos en función de la producción y el desarrollo. Pero si esto es así, si el individuo es

8. Ver: Lacan, Jacques: *Escritos*, I. Siglo XXI, México, 1972, pgs. 11-18.

9. *Documentos de la Reforma Educativa*, N° 3. Ministerio de Educación, San Salvador, 1970, pg. 13.

10. *Ibid.*, pg. 35.

considerado como un instrumento, como un recurso de riqueza y producción, esa valoración social, en cuanto coordinada de sentido, estará en función del juego de la oferta y de la demanda en el mercado del trabajo. En otras palabras, el individuo será apreciado en la medida en que él o su capacidad de trabajo sea necesaria en el mercado de la producción. Y por aquí empieza a asomar el problema en un pueblo como El Salvador.

En efecto, si las cifras no nos engañan, la tasa de crecimiento de la población ha pasado de ser 2.48 en 1950 a 3.7 en 1970,¹¹ lo que, en términos crudamente mercantiles, quiere decir que hoy produce El Salvador "recursos humanos" en demasía y que, en el mercado del trabajo, la oferta de mano de obra es muy superior a su demanda. En este contexto de valoración mercantilista y de saturación de oferta laboral hay que ubicar el impacto psicológico de la tasa de crecimiento.

Ante un panorama en el que la oferta es mucha y la demanda es poca, evidentemente el producto desciende en su valor. Y esto es lo que lamentablemente sucede entre nosotros: puesto que las personas son medidas por lo que a la sociedad dominante le interesa, resulta que cada persona como tal cuenta muy poco o nada, pues es fácilmente sustituible. El famoso dicho popular de que "nadie es imprescindible", implica una terrible herida psicológica para el ser humano, sobre todo cuando es percibida por un sujeto como "tú no le importas nada a nadie". Una de las necesidades más fundamentales del hombre es la de sentirse, no sólo perteneciente a un grupo, sino estimado y necesitado. Pero, entre nosotros, los detentadores del poder, sea agrario o industrial, saben muy bien que pueden contar de antemano con toda la mano de obra que deseen, incluso, al precio que quieran. Por tanto, en nuestro esquema de valoración social, el hombre es un objeto de muy escaso valor. Se produce, por parte de los poderosos, una devaluación casi absoluta de los humildes (valoración de su utilidad y necesidad). No deja de ser significativa, a este respecto, la diversa importancia concedida por todas las instancias sociales al asesinato de un potentado de la industria o al de un simple trabajador manual.

La tasa elevada de crecimiento implica entre nosotros que un porcentaje muy elevado de individuos va a encontrar ya "el bus lleno", que "están de más", que existe una sobresaturación de "personas-útiles" en el mercado. Y, en lo profundo del psiquismo, significa esa tasa que a cada advenedizo se le considera socialmente como un "excedente" de producción demográfica, sin valor alguno o con un valor insignificante. Esta devaluación está patente en las estructuras vitales de significación de nuestro pueblo y, sobre ese fondo devaluado, la gran mayoría de personas van a tener que ir esculpiendo su propia imagen. Cabe preguntarse entonces qué valoración, qué estima podrán tener de sí mismos, cuando lo que reciben especularmente desde fuera es una imagen tan depreciada, si no despreciada.

Resumiendo: la valoración mercantil de las personas (sobre todo por parte de los poderosos) lleva a una devaluación de su imagen, dada su abundancia en el mercado de la oferta utilitarista, y esa imagen devaluada va a servir de punto de partida para el proceso de identificación de cada individuo. En términos psicoanalíticos afirmaríamos que la interiorización o introyección de la propia imagen que se realiza a partir de la imagen establecida por las instancias rectoras de la sociedad cierra un proceso de depreciación de nuestro pueblo, ahora no sólo subdesarrollado materialmente, sino psicológicamente dominado y oprimido. El hombre sencillamente

11. Ver obra citada en la nota 7.

se ve a sí mismo como una cosa inútil, sin valor, sin importancia. Su vida poco o nada vale, y ese desprecio de sus propias posibilidades y vida es uno de los sentimientos más paralizadores con respecto a todo posible proyecto existencial de cierta envergadura. Quizá por ahí habría que buscar parte de la explicación al conformismo pasivo de nuestras masas.

Esta imagen devaluada que de sí mismo va adquiriendo el pueblo, al hacerse práctica cotidiana (mejor diríamos, praxis), se convierte en un poderoso retroalimentador (**feedback**) negativo. En otras palabras, de la misma manera que las imágenes de éxito, sobre todo en la proximidad grupal o de clase, animan al individuo a progresar, a avanzar, a superarse, esta imagen devaluada y peralizadora que de sí mismo tiene el hombre humilde, vivida como rechazo, desempleo e impotencia social, va constituyendo un circuito de refuerzos mutuos, en los que unos se van condicionando a otros, en una progresiva y creciente auto y heterodevaluación. Esto nos explica algo de lo que constituye el psiquismo de una clase social dominada, y cómo una situación material de depauperación va haciéndose psiquismo en un sentimiento de minusvalía, de impotencia y, en definitiva, de cosificación.

4. ENFRENTAMIENTO DEL PROBLEMA

Tanto la relación entre insuficiencia espacial con agresividad como entre tasa de crecimiento e imagen devaluada de sí mismo nos muestra que los problemas demográficos entrañan una serie de complicaciones psicológicas que llegan al fondo de las personas, hasta condicionar toda su existencia. Más aún, nos muestran que el problema demográfico no es quizá tanto un problema por sí mismo, cuanto un síntoma de una problemática estructural mucho más amplia. Porque, como dice el Prof. Kenneth Donald, decano de medicina de la Universidad de Edimburgo, quizá el incremento de agresividad en las comunidades no dependa tanto del aumento de población cuanto "del grado de privación resultante. Los animales pueden vivir juntos en gran número, con tal de que puedan obtener comida, agua y una cantidad de espacio razonable. Un ejemplo de esto nos lo proporcionan las focas, de las que hay enormes colonias viviendo en islas pequeñas. Si la comida es suficiente y se dispone de espacio justamente suficiente, las focas viven juntas en paz y armonía... La agresión aparece en toda su crudeza cuando el nivel de vida baja hasta la inanición, cuando hay una evidente injusticia social".¹² Lo que Donald dice de las focas, podríamos decirlo también de los hombres, pensando en pueblos como el belga o el holandés, con una impresionante densidad de población, capaces todavía de absorber migraciones de los pueblos del sur de Europa. Todo esto nos lleva a pensar que es un planteamiento demasiado simplista tratar de responder al problema demográfico en nuestros pueblos con una simple campaña para el control de la natalidad. No digo yo —entiéndaseme bien— que no haya que realizar ese tipo de campañas; lo que afirmo es su insuficiencia y, en no pocas ocasiones, su inutilidad.

Incluso prescindiendo de la significación internacional de dependencia y sumisión a intereses ajenos que muchas de estas campañas pueden entrañar (como condición impuesta por ciertos organismos, por ejemplo, a fin de otorgar sus ayudas económicas en otros sectores), es un hecho el pequeño alcance y el alto costo que tienen. Según cálculos estadísticos, los diversos programas de planificación familiar desarrollados en El Salva-

12. Artículo citado en la nota 4, pg. 90.

dor habrían atendido en los siete años que llevan de labores tan sólo a un 5.3% de las mujeres en edad fértil, y si se hubiera pretendido atender a todas ellas, el gasto podría haberse elevado a casi diecinueve millones de colones salvadoreños al año, lo que es una cantidad desorbitante.¹³

Desde el punto de vista psicológico, estas campañas pueden incluso ser experimentadas a nivel popular como un incremento de la presión y del rechazo social con respecto al pobre y, por tanto, como un refuerzo a sus sentimientos de "estar de más", puesto que falta espacio, de no poderse realizar, puesto que no le es aprobado su comportamiento libre (?), y de autodevaluación, puesto que su valor es tan ínfimo que se hace campaña en contra de su actividad procreativa (siente que no se quiere que tenga hijos). En otras palabras, estas campañas **pueden ser percibidas** por el pobre como una prolongación del ataque que la misma presión demográfica y la devaluación mercantil de su persona realiza la estructura social.

No basta, por tanto, como solución la planificación y el control de la natalidad. La labor es mucho más compleja, como más complejo es el problema. De hecho, lo que está fallando es la ubicación de estas personas en una determinada estructura, su forzosa relación con una realidad que les rechaza material y espiritualmente, con un espacio vitalmente acaparado. El punto, por tanto, tiene que consistir en una reestructuración de ese espacio, pero, sobre todo, de la significación que ese espacio tiene para los diversos grupos y sectores de nuestra población. Lo cual, es obvio, desborda el terreno de lo psicológico y aun de lo sociológico, para penetrar en el campo de lo ético y de lo político.

* Una reforma agraria debe hacer un gran énfasis, no tanto en cambiar la distribución de la tierra, cuanto en cambiar la relación que liga significativamente al trabajador con la tierra. Si para ello, para que cambie esa relación, hace falta cambiar la estructura de propiedad o no es un problema posterior, en el que quí no voy a entrar. En todo caso, es importante que el trabajador campesino pueda percibir como gratificante su relación con la tierra, pueda sentir que la tierra es vital y no mortal para él, que le recibe y le proporciona suficientes elementos para su mantenimiento y desarrollo, y no que la tierra se le escapa, esquiva, porque ya está ocupada, porque ese espacio pertenece a la vida de otros... porque "el bus está lleno". Lo mismo podríamos afirmar del hombre de la ciudad respecto a su casa, a su barrio, a su trabajo, en lo que se podría llamar una reforma urbana, no menos necesaria que la agraria. Sin temor a dudas, bien podemos afirmar que San Salvador hoy día no ofrece espacio verdaderamente vital a más de la mitad de sus pobladores. Y esto es realmente trágico.

Cabría preguntarse qué papel puede jugar la psicología y el psicólogo en todo este problema. Yo creo que puede y debe ser múltiple y desde muchos ámbitos diferentes de la vida. Aquí me limitaré a señalar uno, en cualquier caso fundamental. Al psicólogo le toca ayudar al surgimiento de una conciencia popular sobre las estructuras que, en el plano demográfico, van desintegrando el psiquismo de las personas y la vida comunitaria de los grupos.

Tradicionalmente el papel de la psicología ha sido un papel fundamentalmente acomodaticio y, en el mejor de los casos, cooperador en la desajenación de los individuos juzgados como anormales por la sociedad.

13. Montes, Segundo: El factor demográfico en la problemática salvadoreña, "ECA", julio 1972, pgs. 457-464.

Es hora ya de que la psicología se dedique a desentrañar y a hacer tomar conciencia de aquellas estructuras que en la sociedad determinan la infelicidad de los grupos y de las personas. En este sentido, cabría hablar de una desalienación como tarea psicológica, ya no a nivel individual —para ello están las clínicas psiquiátricas—, sino a nivel social, lo que exigiría una transformación profunda de los sistemas de valoración mercantil imperantes en nuestra cultura. Al psicólogo sí le toca en este sentido abrir nuevos caminos, posibilitar nuevos tipos de relación humana, propiciar nuevas actitudes vitales. En otras palabras, a él le toca cooperar en la promoción y viabilización de una transformación intra e interpersonal. Lo que viene siendo algo así como afirmar que nuestro pueblo necesita no una nueva alma, transplantada de otras culturas, pero sí un alma nueva. Y eso es una labor que nadie sino el propio pueblo unido en auténtica comunidad puede ir realizando.